

## LAS CONSTANTES ARTISTICAS

*Por Matilde Elena López.*

*“Empezamos ante todo, a vislumbrar que el realismo es una constante histórica con distintas modulaciones en los diversos tiempos”. — Carlos Bousoño.*

*“Siempre que hay un acuerdo entre todos los hombres, el arte ha presentado un gran “hito” naturalista, pero de naturalismo humano, que es bien diferente a la copia de la Naturaleza, cualquiera que esta copia sea. En cambio, cuando el desacuerdo reina en la sociedad, el arte se aleja de este naturalismo social, de este realismo de orden humano. Por ello, frente a toda gran transformación social, los artistas se funden a la corriente general y crean un arte vivo, realista.” — Luis Vidales.*

LAS CONSTANTES HISTORICAS en el dominio del arte, no son simples reacciones al movimiento artístico anterior, sino que obedecen a leyes que parten de la estructura social. La historia del arte nos enseña que ocurren cambios en el *gusto artístico*, y las Estéticas señalan el “influjo de la época” para explicar tales transformaciones en la forma y contenido de la obra de arte, sin que nos aclaren a qué leyes obedecen tales cambios que marcan las épocas y por qué influyen de manera tan decisiva en las creaciones artísticas. Tampoco nos explican con claridad por qué ciertos movimientos artísticos parecen repetirse, y hasta dan la impresión de retroceso, aunque en realidad sigan el zig-zag vertiginoso del rayo que no se detiene.

Falta a las Historias del Arte y a las Estéticas tradicionales de sentido individualista, el criterio dialéctico histórico que desprenda de sus conceptos la corteza idealista de Hegel. Sólo a través del método dialéctico de interpretación social puede la crítica artística moderna orientarse en el dédalo tortuoso de Ariadna para hallar la salida correcta. Sólo un profundo análisis histórico puede dar la respuesta certera.

Armados pues, de este fino instrumento, intentaremos una cala en los profundos dominios del arte para descubrir las leyes internas que determinan las constantes artísticas.

Si el arte sigue un desarrollo paralelo al desenvolvimiento social de la humanidad, los movimientos artísticos obedecen a las leyes históricas, y de ninguna manera a las leyes de la naturaleza como piensa Taine con sus teorías físicas del arte. Tampoco es por la magia de la “pura” intuición del artista, como pregona la estética individualista de Croce. Si el arte antiguo es *simbólico*, de profundo sentido *impresionista* (no como la escuela francesa de carácter transitorio), con impulso colectivo que mueve la mano de los anónimos artistas que construyen las sobrenaturales estatuas de sus dioses, ello obedece al espíritu esotérico que inspira a los pueblos primitivos y a la forma unánime de su comunidad. Todo pueblo primitivo pasa por esa etapa en cualquier parte de la tierra, cuando la preocupación social en el arte es la de representar a sus dioses. Así la estatua de veinte brazos, diez piernas y cuatro rostros de la India dravídica, así en la gigantesca estatua de Buda en China, así en el arte maya o incaico. Cuando la forma social que lo sustenta ha pasado, el arte degenera. Luego se pone a tono en la nueva cuenca de la realidad que la historia ofrece, muy diferente a la copia de la naturaleza en la que hacen descansar “la belleza” algunos estetas que no entienden por qué el concepto de lo bello cambia con las formas sociales y se alarman con la “fealdad” tosca de las estatuas primitivas. No entienden que la obra de arte tiene leyes intrínsecas y que no podemos juzgar con nuestro criterio externo de lo bello, formas artísticas que correspondieron a momentos de contenido sobrenatural.

La época clásica greco-latina es expresión colectiva de un minuto heroico como en Esquilo, equilibrio entre la forma y el contenido como en la tragedia que descansa en la serena armonía de Apolo y la bullente pasión de Dionisos. En términos precisos, equilibrio entre la intuición y el sentimiento, armonía en el conjunto, *realismo creador* que es humanización en el arte por encima de las abstracciones individualistas. Porque el arte clásico se enfrenta con realidades y no con fantasías, ya entendemos por qué es realista el arte clásico cuando surge de una gran transformación social que funde a los artistas en la exaltación de la *Polis griega*, firme base de su democracia esclavista.

Corresponde pues, un tipo de arte a cada época, como salida dialéctica que marca el tránsito. A la caída del mundo grecolatino, se produce una excitación patética propia del derrumbamiento de

una forma social arcaica que ya no puede sostenerse. Un nuevo ciclo se levanta en la Edad Media feudal y religiosa, iniciando el arte bizantino hierático y rígido volcado en formas impresionistas agresivas en la angustia de las *plañideras*, los *transi* y la *imaginaria*, y en la expresión dolorosa del Cristo desgarrado por el sufrimiento del hombre sumido en la servidumbre. Los círculos del Infierno de Dante, a la salida del medievo, son los círculos fraccionados de los señores feudales y los príncipes en busca de la unidad nacional que marca el Renacimiento.

En los momentos religiosos, el arte es más bien impresionista, no natural, como en las figuras rígidas, patéticas, severas y hieráticas del cristianismo en Bizancio y en la Edad Media Europea. La arquitectura ojival o gótica como se le conoce, corresponde a la honda crisis social de la Edad Media, que busca salida en la evasión de las Cruzadas, la caballería andante y el descubrimiento de América. Es el tránsito en el punto inicial y más alto de la Edad Media, con sus formas tortuosas y alegóricas, hacia una Europa vasta y libre, abierta al mundo en el Renacimiento. Un salto sobre el muro en la masa arquitectónica cristiana, y la Europa rompe su rígida estructura.

El Renacimiento está enmarcado por hechos de singular importancia en la vida social: “En el *orden económico*, por la ruptura de la forma desarticulada y regional del feudo y el desarrollo de las economías manufactureras nacionales. En el *orden social*, por las luchas de los trabajadores de la manufactura que se extienden grandemente por Europa, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIV, y que llevan en su seno la necesidad de expansión de las industrias y la liberación de las formas de trabajo en el campo; en el *Orden Político*, por las revoluciones que cruzan el siglo, a partir de la de Florencia, 1512, y por la formación de los imperios de unidad nacional”. (Luis Vidales, Tratado de Estética).

En el arte, el Renacimiento representa la vuelta a lo clásico, a las líneas puras, serenas y armoniosas de la belleza apolínea, la unidad de conjunto de la estatuaria anatómica de Miguel Angel, donde el hombre aparece realmente vivo. El sereno naturalismo plástico que imprime un sello de ternura a las pinturas de los tres grandes del Renacimiento italiano: Miguel Angel, Rafael y Leonardo Da Vinci. Las luces del humanismo en las letras eruditas emergiendo del subfondo del dogma teológico medieval.

Después del Renacimiento viene el agitado período que sucede a la sanción de la unidad nacional europea, produciendo una crisis

económica y social que se refleja en el arte. Pero el Renacimiento ha establecido las bases liberadoras para que se desarrolle un Shakespeare en Inglaterra, en la época en que se consolida en las islas Británicas el imperio isabelino apoyado en la Reforma luterana, expresión liberal de la iglesia más a tono con el grupo de negociantes y representantes de la nueva clase social que pugna por abrirse paso a la luz del racionalismo de Bacon. Y los últimos reductos de la iglesia católica en Escocia, se desmoronan cuando María Estuardo, la reina ungida, cae al pie del cadalso inglés. Ahora Inglaterra reúne las coronas británicas en un solo puño y se yergue poderosa la nación que proclama la libertad en los mares para lanzarse a las aventuras imperialistas y de piratería en un ávido zarpazo sobre el mundo.

La Contrarreforma desde Roma, señala la terrible crisis del momento, y la angustia religiosa por salirle al paso a la herejía anglo-sajona. La Contrarreforma sacude a Europa tan profundamente, particularmente a España, que otra vez parece que se va a restaurar el medievo en el aparato de la Inquisición que persigue al pensamiento libre. Aquel bello florecer del siglo de oro español, sufre el eclipse de este poder tiránico que manda que el cuerpo arda en el fuego para salvar el alma que debe estar limpia de todo pecado, hasta de la sombra de una duda. Ni a los místicos españoles perdona la Contrarreforma, cuando encarcela a Fray Luis de León y obliga a la inteligencia enmascarar su pensamiento. Las formas retorcidas, recargadas, patéticas y llenas de angustia del barroco, son la respuesta artística al terrible momento de reacción. El hondo debate teológico se refleja en el Teatro Español, en las obras de Tirso de Molina y de Calderón de la Barca. El barroco, toma en España las formas literarias del conceptismo y del culteranismo. De la serenidad del Renacimiento el arte se desgarró en el turbión pasional del barroco, en el dinamismo arbitrario e individualista, en la orgía de metáforas retorcidas y el recargamiento de la pintura impresionista, que las Historias del Arte, impropriamente llaman: realismo barroco, en una lamentable confusión de las limpias características del realismo, donde el artista y la sociedad íntimamente fundidos, constituyen los términos preliminares del binomio dialéctico: categoría estética, realidad social.

El Renacimiento culmina en la Unidad Nacional, en la formación de imperios, y representa el alba del hombre, como el barroco, la desgarradura de una época desesperada. Shakespeare, realista, expresa el gran momento, y funde todo el pasado, todo el interior, todo el porvenir de sus caracteres universales. Dante había ya

presentido, a la salida de la Edad Media, el anhelo social del círculo único que abarca los círculos fraccionados de los señores feudales y príncipes en la Divina Comedia. Y no es una casualidad que su inmenso poema lo inicie en latín medieval, y lo termine en lengua vulgar, en el momento de la centralización lingüística de los idiomas que se constituyen como expresión nacional.

En España, la poesía realista de los Cantares de Gesta, limpia y unánime expresión de un pueblo en lucha por forjar su unidad, fue el triunfo del mester de juglaría sobre el mester de clerecía; clero y pueblo. Lengua vulgar sobre el arcaísmo del latín:

Mester trago fermoso, non es de ioglaría,  
Mester es sen pecado, ca es de clerecía.

Pero el sacerdote Gonzalo de Berceo, escribe en lengua vulgar:

Quiero fer una prosa en román paladino  
En el cual suele el pueblo hablar con su vecino,  
Ca non so tan letrado por fer otro latino;  
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino”.

Luego, el minuto barroco, va a tener en Góngora su expresión más retorcida y culta, sobre la tradición realista castellana.

De nuevo la reacción artística en el *Neoclasicismo*, pero la vida no cabe en las rígidas reglas de los preceptistas que buscan el equilibrio clásico sin lograrlo, en un momento en que se necesita la amplia libertad que rompa la estructura social ahogada en los últimos reductos feudales. Las frías reglas de los academistas estirados señalan una honda preocupación por la forma, violentada por el movimiento barroco, pero se olvidan del hombre y de sus profundos anhelos de libertad desde que intuye que los cauces sociales existentes ya no pueden contener el avance que marca la época iluminada por la razón y los descubrimientos técnicos. El rígido código poético de Boileau se impone como fórmula nacional en Francia, y convierte el Teatro de Corneille y de Racine, en preciosismo cortesano, criticado duramente por el realista Molière en sus Preciosas Ridículas y en su penetrante crítica de la corrupción social de su tiempo, que alcanza dimensión universal en su Tartufo, el Misántropo y el Avaro. Si Racine se salva por la melodía interior de su verso, no es precisamente por seguir los conceptos del Arte Poética de Boileau, sino por su propia virtud poética. El círculo cerrado del academicismo en el que todas las posibilidades

estéticas estaban agotadas, lo rompe la Revolución Francesa que destruye el más poderoso bastión feudal: la Bastilla. La gran muralla que aprisionaba el arte y la vida, cae por fin. Así empieza un nuevo ciclo en la historia del Hombre.

El Romanticismo rompe todas las medidas impuestas por el neoclasicismo y representa en su primera etapa, la vida conjugando todos sus valores creadores. El hombre vuelve a estar en el centro de todos los problemas como reflejo de los conceptos liberales que se abren paso con las luces del siglo. Pero este romanticismo que por un instante llega a representar el clamor unánime, expresa el equilibrio momentáneo de las clases sociales en torno a la nueva clase: la burguesía, que desplaza a la nobleza en la Revolución Francesa. Por supuesto, esta nueva clase necesitó para consolidarse en el poder, el apoyo del pueblo, pero se vuelve conservadora y vira violentamente a la derecha, en cuanto se ve amenazada por la insurrección de las masas cada vez más radicales en sus demandas. Entonces se rompe el acuerdo entre el arte y la sociedad que lo sustenta, porque el violento viraje ya no lo comprenden los artistas colocados ahora en una disyuntiva: expresar los ideales del pueblo por un camino realista, de crítica social, o fugarse hacia el mundo del sentimiento y de la fantasía. No es una casualidad que el Romanticismo se consolida en el mundo a partir de la Restauración de 1830, última tentativa de la Europa reaccionaria. Así surge el doliente personaje romántico francés. El romanticismo quejumbroso y lleno de hastío de vivir, para quien ni el amor, ni la gloria, ni el poder tienen ya sentido. Es el *mal del siglo* representado en René, Fausto, Manfredo, sollozando en Beethoven e instaurando el suicidio pasional en la trágica pistola de Werther. Los poetas malditos seguirán su camino desesperado y angustioso.

A partir de la Restauración, el romanticismo comparte la ambivalencia de ese minuto turbulento e inestable producto de una crisis social en que luchan dos mundos: Revolución y Reacción. La restauración regresiva idealiza el antiguo régimen y aspira a restablecer la Edad Media. Pero la ilustración pone racionalismo donde el romántico pone sentimiento. La vuelta al pasado es la expresión de la decadencia romántica que representa el movimiento opuesto al desarrollo industrial y quiere destruir las fábricas. Los artistas enemigos del progreso siguen la fórmula del ARTE POR EL ARTE de Gautier.

Se halla el romanticismo en un cruce de caminos: La Restauración, intento imposible cuando la espada de Napoleón aniquiló los reductos feudales en Europa; frente a la Revolución,

transitoriamente derrotada pero con posibilidades de triunfo, pues ya en 1848 surge el Manifiesto social de mayor envergadura en la historia, como señal de una era de revoluciones en Europa.

El sentimentalismo romántico, ya en plena decadencia, pone de moda un alma desesperada por todo lo perdido. ¡Ah, la monarquía de los Luises había ofrecido tanto a los artistas a su servicio! No saben ahora los románticos qué camino tomar; oscilan irresolutos de un lado a otro. Baudelaire sostiene la teoría del arte por el arte, pero cuando estalla la Revolución de febrero de 1848 (año clave de Europa), Baudelaire se pasa al campo revolucionario como Director del periódico: La Salud Pública. En 1852 declara pueril la teoría del arte por el arte, pero en 1860 retorna a sus antiguas posiciones.

De los escombros románticos se levanta un arte realista, de hondo contenido social. La crítica más certera del poder corruptor del dinero y por ende, de la burguesía que instaura el capitalismo, sale de la mano vigorosa de Balzac, que describe los nuevos tipos humanos, productos del régimen burgués.

Al Realismo de Balzac, jefe de todo un movimiento estético, sucede el Naturalismo de Zola, expresión decadente y morbosa. Y luego a las estallantes crisis de nuestra época que culminan en dos guerras mundiales, marcan la disgregación estética, la proliferación de escuelas artísticas como signo de la desgarradura del siglo veinte. Los movimientos que se han venido sucediendo representan el tránsito a nuevas formas sociales que se abren paso tumultuosamente en el mundo en el gran proceso de liberación de los pueblos. Y como todo arte es grande, de cualquier época que sea, siempre que su estructura esté fundida a la estructura social, y siempre que la época sea grande, el nuevo realismo social que insurge invicto de la descomposición de las escuelas abstractas y existencialistas, del callejón sin salida del surrealismo, tiene la grandeza anunciadora de un nuevo ciclo en la historia de la Humanidad. Las formas desnudas y simples, las vastas superficies, las estructuras tranquilas erigidas por manos colectivas, constituyen la argamasa artística, sencilla y directa del realismo.